

EL PAISAJE, FUENTE DE INSPIRACION EN LA PINTURA DE «SAMAGO»

LA historia del arte cuenta con numerosas vocaciones tardías que si el tiempo no ha llegado a frustrar, se debe a que hubo predisposición innata y una inquietud sincera, fuerte y sensible. Proceso en el que sin duda hay dolor—el vuelo, cuando es incierto, ahoga...—, pero también goce supremo. Y es que esta impaciencia primera, incierta, se trueca más tarde en serenidad y equilibrio.

Para hablar de la pintura de «Samago» precisamos del exordio que sitúe al artista en su medio.

Don Santiago Ramón y Cajal decía en una carta extensa a don Ricardo del Arco: «Nuestras ideas dependen tanto o más de la educación e instrucción, de la arquitectura cerebral específica legado de raza, o de variaciones congénitas incontrastables». Estas líneas autógrafas, que posteriormente tuve el honor de tener en mis manos, sirvieron a don Ricardo para publicar la magnífica biografía de Cajal.

El artista es siempre solitario del ideal; hombre que va tras su verdad. ¿Existe en la pintura de Samaniego el legado de raza de que habla Cajal? La duda, en el acto de crear, fuerza el desasosiego, pero esto es propio de mentes ensombrecidas y débiles, que en este caso no cuentan. La precisión pulcra y sincera informa toda la obra de «Samago», pero, ¿cuál es la postura del artista ante la realidad soñada? Que sea el cauce natural de sus palabras quien nos dé claridad.

Debo señalar primero que, cuando me dirigía al estudio de don José Samaniego y Gómez de Bonilla, «Samago», recordaba un comentario que hizo Eugenio d'Ors del pintor Tytgat: «Las relaciones entre la cartografía y el paisaje—venía a apuntar—es un tema sobre cuyos meandros me ha interesado fantasear. ¿No son las mismas que unen y, a la vez, separan las Matemáticas y las Ciencias Naturales? La primera se aplica a lo abstracto; las segundas, a lo concreto. Una cosa parece inventada para dar gusto a los filósofos, y, la otra, para dar razón a los exis-

tencialistas (de existencia, aclaramos). ¿Dónde está la verdad? ¿Está en el paisaje, que hasta es verde, o en el mapa, que hasta marca los kilómetros? ¡Si pudiese reunirse todo! Y resulta que sí, se puede».

Pensaba en estas palabras de Eugenio d'Ors porque muy bien puede existir este paralelismo que establece el maestro, con la pintura de «Samago». Nuestro artista, inconscientemente, ha ido de las panorámicas hacia ese paisaje templado, humanístico, de sus telas.

El diálogo, amistoso y cordial, tiene por escenario una amplia e iluminada habitación, que le sirve al artista de estudio. Grandes pliegos de papel y lienzos, algunos manchados, otros con leves marcas de lápiz carbón, que fijan siluetas de lejanías.

—¿Su iniciación en la pintura fue casual u obedecía a una necesidad espiritual?—pregunto a don José.

Deja unas carpetas sobre una mesa y con un ademán cortés nos invita a sentarnos cómodamente.

—Fui destinado a Mallorca y allí todo el mundo pinta, mientras no se demuestre lo contrario. No hay que olvidar la belleza incomparable de estas islas maravillosas. Si en vez de enviarme a Mallorca me envían a Burgos, a estas horas no haría más que dibujos de panorámicas...

—¡Pero tenía que haber una fuerza instintiva, que le empujara!

—Si en Madrid disponía de tiempo, visitaba exposiciones. Nada más. Ahora llevo diez años pintando.

—¿En qué año empezó?

—1949, mes julio.

—Cuénteme más cosas de su vida artística.

—El domingo estuve pintando. ¡No siempre se puede hacer! Me fui con la comida al pueblo de Sipán, para ver bien la Sierra. Me llevé tortilla de patata, escalope y buen vino. ¡Placer de dioses! ¡Ah, y sobre todo, cuando pinto, con música de fondo! En mi estudio lo hago siempre.

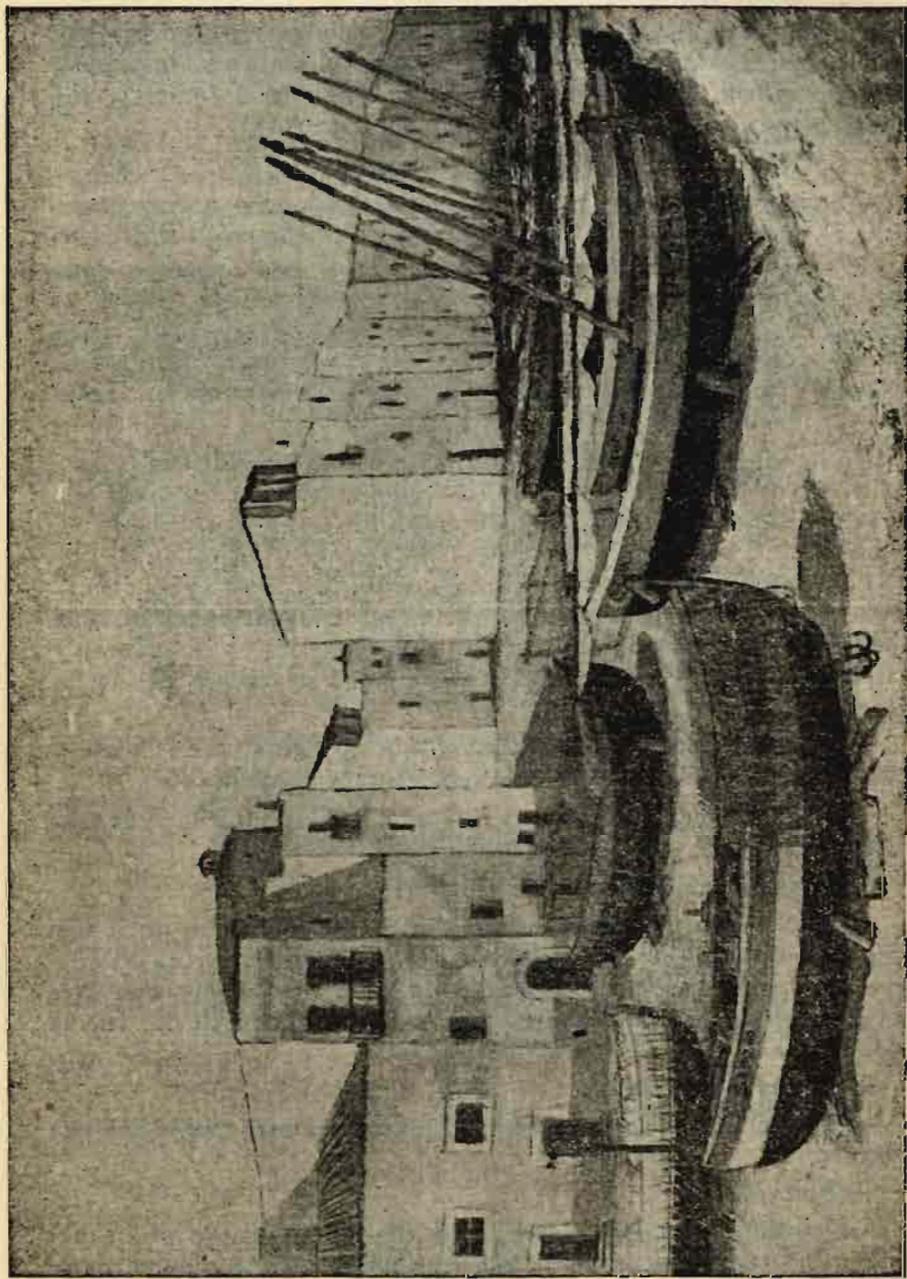
Don José Samaniego habla pausadamente. Enciende un cigarrillo.

—Considero—le digo—que el valor vida debe de informar toda obra de arte. Usted, para encontrar este valor, persevera en un medio expresivo fácil de comprender, porque se apoya en la armonía de las leyes tradicionales. Hoy, éstas han sido rotas para demostrar que se puede llegar al mismo sitio por distintos caminos.

Me mira fijamente y dice:

—Si a una arpillera rota, zurcida y sujeta con alambres dicen que es una cosa buena, pues... Vi esta «obra» con cierta sorpresa, porque la exposición era de pintura y allí no la había...

—No; no me refiero a ese arte...—aclaro.



«Casas de Alcanar» (Castellón), obra original de «Samago», Propiedad del «Círculo Oscense».

—¡Ah, ya! El arte evoluciona mucho. No obstante, todavía hay muchos pintores que hacen cosas concretas empleando colores serios, que es lo difícil. Y añade, apagando el cigarrillo en el cenicero, con agilidad y sinceridad admirable: ¡Lo otro son camelos!

—Entonces, ¿cree que es fácil hacer abstracto?

—En arte no hay nada fácil. Aunque personalmente no me gusta, he de reconocer que en este campo vanguardista existen muchas escalas. Un amigo mío que estudió en la Escuela de San Fernando, muy realista por cierto, ¡si viera con qué detalle pintaba a los moros!, ha derivado ahora hacia las corrientes más modernas. Pero—añade acentuando la frase—se ve que es un pintor. Le hablo de una forma gratuita, porque soy un artista aficionado y no tengo fuerza para opinar. Todo lo mío es malo.

No hacemos ninguna réplica de cuanto afirma humildemente. Testigo de su quehacer artístico son los innumerables comentarios que sobre él se han escrito. «ABC» dijo de su exposición en la sala Macarrón, de Madrid: «...el país vasco, sus costas, sus montes y sus valles; las planicies de Castilla; las cálidas y luminosas tierras de Levante y las crestas bravías de las tierras aragonesas, se hallan representadas con la máxima fidelidad en esta espléndida colección de paisajes, donde los colores y el tipismo han sido captados con sensibilidad de artista y pinceles ágiles».

—Aunque Solana no militaba en el arte no figurativo—le digo—, decía que veía la vida como es, y la representaba como la veía...

—¡Magnífico artista!—exclama—. Buscaba el lado trágico, y la vida es tragedia... Tiene y ha tenido innumerables imitadores.

—Pero, ¡quién no imita a los maestros!

—¡Sí, claro! La pena es que hasta que no se ha muerto no lo han reconocido oficialmente... ¡Es muy triste tenerse que morir para establecer valores...! Estos deben reconocerse en vida. Y volviendo a la pregunta: prescindir de lo que se ve, para recoger lo que ha de dar fuerza al cuadro.

—Esto es lo más difícil.

—Mire, el pintor de paisaje es más pintor que otro que se dedique al retrato.

—¿Por qué?

—Cuestión de captar la luz, el color. En dibujo se aprende machacando, si no se tiene disposición. Un profesor de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, me dijo en cierta ocasión que cuando corregía a los alumnos el dibujo, era siempre perfecto, pero que a la

hora de la verdad, cuando debían manejar el color, era distinto. Unos, no lo veían; otros, a medias, y los menos, sí. El color se siente, no se aprende.

Don José Samaniego sigue hablando con el mismo tono de voz y permanece sentado. No gesticula con las manos.

—Yo no he leído nada sobre el color—continúa—ni tampoco he recibido enseñanzas sobre pintura. Todo es malo, pero, mejor o peor, siento el color.

—¿Considera, don José, que existe analogía entre el llamado arte nuevo y las corrientes existencialistas? ¿Es complemento uno de otro?

—No lo sé. Al cubismo se le dio de lado y vino lo abstracto.

—Volviendo a hablar del arte figurativo, ¿los brillos de una rama de árbol, por ejemplo, reflejados fielmente por el pincel, pueden determinar una pintura con «mensaje»? ¿No considera que el transfondo, en arte, es otra cosa?

—Al realismo le ha sustituido el impresionismo y esos brillos de una rama de árbol se reduce a una pincelada suelta que, alejado del lienzo, dará la impresión de esos brillos a que Vd. se refiere. Pero, creo que el pintor no se fija o da muy poca importancia a esos detalles, ocupándose más del conjunto del cuadro, su ambientación y, sobre todo, de conseguir buenas calidades, que, en definitiva, es lo que valora una tela.

—¿Cuántas exposiciones ha realizado, don José?

—Individuales, en Tetuán y en Madrid; colectivas, en Larache, Sevilla, Zaragoza y Huesca.

—¿Pinta directamente de la naturaleza?

—En el campo, hago el apunte, y en el estudio, matizo, termino el cuadro.

Me recuerda unas frases de Braque: «El espíritu, la razón de ser, sobre la perfección anatómica». Y otra de García Bustamante: «Descubrir cada día la pintura desde una grada más alta que el día anterior». Y esto es lo que rige en la obra de don José Samaniego y Gómez de Bonilla.

FÉLIX FERRER GIMENO